



Pablo Pinilla Chiari, consumado latinista y gran educador¹

POR ELSIE ALVARADO DE RICORD

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

En esta sesión pública, la Academia Panameña de la Lengua se honra en recibir como miembro de número al ilustre profesor D. Pablo Pinilla Chiari, consumado latinista, cuya carrera docente, centrada en las cátedras de Latín y Gramática Española en la Universidad de Panamá, ha sido el principal fundamento de su gran prestigio, que lo llevó también a ocupar otros puestos importantes, entre los cuales cabe destacar el de rector del Instituto Nacional y el de director del Departamento de Español de la Universidad de Panamá.

La personalidad singular del recipiendario ha sido objeto de reconocimientos por parte del estudiantado de Español de nuestra universidad, que lo ha tenido como uno de los más altos ejemplos de conocimiento, disciplina e integridad personal. Tales atributos, que deberían ser requisitos indiscutibles para la docencia en cualquier nivel, parecen haber perdido importancia en nuestro país, lamentablemente habituado ya a que la impostura y el cinismo pugnen —muchas veces con ventaja— contra la autenticidad y el decoro.

De allí que la elección del profesor Pinilla para llenar la vacante que dejó nuestro querido e inolvidable colega D. Miguel

¹ Discurso de bienvenida a D. Pablo Pinilla Chiari como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua. Panamá, 31 de agosto de 1990.

Mejía Dutary haya sido recibido con aplauso por parte de los muchos educadores que asumen su responsabilidad con el respeto y la dedicación que se deben a ese alto apostolado.

Y para los que trabajan en el estudio del extenso, complejo y siempre renovado mundo del lenguaje, que afecta todas las relaciones humanas y en gran medida las configura, resulta estimulante la incorporación de todo un maestro a las labores académicas, tan urgidas de refuerzo.

Los que tienen una clara conciencia de la función esencial que la lengua cumple en todos los momentos de vida, en el orden individual y el social, le prestan la debida atención y la valoran. Son los que reconocen la importancia de su estudio sistemático, y asimismo del papel orientador que una academia de la lengua cumple, no solo en el buen uso del lenguaje, sino también en la formación de una actitud saludable hacia una más plena comunicación entre las personas, que coadyuve a la búsqueda de nuestra identidad y que a la vez tienda a una más segura interacción en el mundo de las relaciones internacionales.

Pienso que una de las principales características de la sociedad humana es el empleo del lenguaje articulado: toda situación está marcada por una lengua; y es sabido que la impropiedad en el uso de una preposición, de una variante verbal o de un simple rasgo suprasegmental puede cambiar parcial o totalmente el sentido de un mensaje, con ligeras o graves repercusiones.

Decía D. Andrés Bello en su genial «Prólogo» a la *Gramática de la lengua castellana*, en la que anticipó el principio de funcionalidad de la moderna lingüística, que «es una

preocupación harto común en la que nos hace creer llano y fácil el estudio de una lengua, hasta el grado en que es necesario para hablarla y escribirla correctamente». Para los profesores de Español, que se sienten animados por el ideal quijotesco de enderezar entuertos, que en las lides idiomáticas no se encamina ni a la fama ni a la gloria, ni a lucro alguno, es la conciencia del saber y el amor a la lengua lo que cuenta; y su trabajo no revierte en beneficio personal, sino, modestamente, de la comunidad en la cual se vive.

Cuando los hablantes —principalmente los comunicadores sociales y todos los que emplean la palabra como instrumento de trabajo, lo mismo que los que por afición cultivamos dificultosamente algún género de creación literaria— nos detenemos a pensar en la enorme y prolongada labor de los lingüistas por presentar científicamente los planos de organización de la lengua; por clasificar con certeros criterios los elementos oracionales y explicar sus comportamientos morfosintácticos; por sistematizar las categorías verbales; por ordenar y definir el caudal léxico; por codificar los usos, nos acercamos a la palabra con la fruición de quien accede a un tesoro que es de todos para la intercomunicación, que nos acerca o nos distancia, pero, en cualquier caso, es siempre un modo de ejercer un acto de libertad, una toma de posesión en la circunstancia inmediata o una forma de definirnos como partícipes de una porción mínima del quehacer colectivo.

De tal reflexión deriva el respeto que siempre he sentido por los estudiosos del lenguaje, labor que no se improvisa, que exige toda una vida de intensa dedicación para que la persona pueda llamarse no un lingüista ni un hablista, sino, en la

mayoría de los casos, apenas un estudioso del lenguaje, porque ¿cuál de ellos —incluidos los eminentes como Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, por ejemplo— habrá expresado alguna vez sentirse satisfecho con lo que sabe o con lo que ha realizado?

Tal ha sido la labor de D. Pablo Pinilla Chiari. El colegio donde recibió la educación primaria incluía, como materia básica de su programa, el Latín en todos los grados. Desde allí se distinguió como el alumno brillante que ganaba todos los premios de traducción y redacción latinas, estudio y práctica que mantuvo ininterrumpidamente hasta concluir su profesorado de Español en la Universidad de Panamá, y sus estudios de posgrado en la Universidad de Madrid. De allí proviene su notable arquitectura mental, cuyas proyecciones didácticas se han concretado en su gran disciplina; en la seguridad de sus métodos; en la facultad expositiva, producto del dominio de la materia, de las luces que le dio *natura* y de su vocación docente, desplegada así en la enseñanza rigurosa de las asignaturas adscritas al área lingüística, como en el estudio, la captación y la certera crítica de las creaciones literarias.

Si a todo esto se suman su rectitud y su caballerosidad, ya se verá por qué le correspondió siempre el sitial número uno en el reconocimiento de sus alumnos y de sus colegas; y también el orgullo con que los profesores jóvenes de Español se jactan de haber sido sus discípulos.

Sus conferencias magistrales en la Universidad de Panamá constituyen ejemplo de análisis literario, ya que realiza una crítica integral, desde los supuestos históricos hasta la estructura lingüística, que no tiene secretos para él, pues

desentraña como nadie los múltiples sentidos de la palabra, dentro del sistema convencional asiento de la obra, que es, él bien lo sabe, un producto cultural histórico y por lo mismo un determinante básico en su concepción y en su modalidad expresiva, hasta las rupturas que animan el nivel del habla, donde bulle la creatividad y el arte se renueva, poéticamente, cumpliendo el sentido etimológico de la palabra, **Ποίησις**, *poíesis*, 'poesía' = «creación».

La participación de Pablo Pinilla en la vida cultural de nuestro país se ha cumplido en el aula y en las actividades de proyección nacional desde la tribuna del Paraninfo Universitario, del Aula Máxima del Instituto Nacional, en el concurso Ricardo Miró, en textos de enseñanza del latín, en la revista *Lotería*, y en otras revistas y periódicos; en la ponderación de la competencia idiomática de los comunicadores sociales aspirantes al ejercicio, en un sinfín de actividades que demuestran la confianza que se tiene en la solidez de su formación y en la objetividad de su criterio. Por su condición de reputado maestro ha dictado cátedra también en Venezuela y en Madrid fue requerido para que pronunciara unas conferencias sobre literatura panameña, las cuales dictó en el Instituto de Cultura Hispánica, con una entusiasta acogida por parte del público que colmó el auditorio.

Por estas y algunas otras excelencias intelectuales que no mencionaré porque, conociéndolo como lo conozco, puedo imaginar que con solo haber citado algunas ya estaré violando su natural modestia, la Academia Panameña de la Lengua consideró que D. Pablo Pinilla Chiari era la persona indicada para ocupar el prestigiado sillón de D. Miguel Mejía Dutary para

mantener la línea de continuidad de un maestro a otro maestro, que, además, como personalidades integérrimas, de análoga vocación y de igual fidelidad a los principios, fueron también entrañables amigos.

La relación intelectual del recipiendario con D. Miguel Mejía Dutary se desarrolló, cronológicamente, así: Pablo fue alumno del profesor Mejía en el Instituto Nacional y luego en la Universidad de Panamá; después fueron colegas en ambas instituciones. Cada uno admiraba en el otro las altas cualidades profesionales y humanas que, en el fondo, vistas por un tercero, eran coincidentes. En el orden familiar, sus respectivos hogares han sido muy bien cimentados en el amor, el estudio, el trabajo y todas las virtudes que dignifican la vida personal y repercuten en la vida social. Si bien D. Miguel tuvo una virtud singular que en ninguna otra persona socialmente activa he conocido: la de no tener ni un solo enemigo, Pablo tiene otra virtud, también singular: no sé qué música le ponía a la Gramática Latina, pues sus estudiantes decían que, no obstante que el profesor Pablo era muy estricto y algunos fracasaban, no se podía negar que las clases de Latín eran las únicas realmente agradables de todo el programa de Español, y que no era verdad que iban a permitir que les redujeran a dos sus tres años de Latín, porque tres todavía eran pocos para lo mucho que deseaban aprender. Pero la modestia de Pablo es tanta que todavía, a estas últimas, se sonroja ante el menor reconocimiento como si, aunque los ha escuchado desde la primera edad, no se acostumbrara a estos, o, simplemente, desde el fondo de su ser no los aceptara.

Nos congratulamos por la franca disposición de D. Pablo Pinilla para colaborar en la tareas académicas, lo cual redundará

en beneficio de nuestro país, que en este momento coyuntural en el que se ve obligado a rehacer su entidad reducida a escombros, también necesita guías que puedan orientar en el adecuado empleo del más esencial de los instrumentos culturales, propio del *homo sapiens*: el lenguaje, que puede concebirse como el eje o, tal vez, como la atmósfera vital de la sociedad humana.

Muchas gracias.